# arderá la memoria



#### Arderá la memoria

© de los textos: Victoria Mora

© de esta edición: Editorial Tequisté, 2020

Corrección: M. Fernanda Karageorgiu Diseño gráfico y editorial: Alejandro Arrojo

1ª edición: mayo 2020

Producción editorial: Tequisté contacto@txtediciones.com.ar www.tequiste.com

ISBN: 978-987-4935-27-4

Se ha hecho el depósito que marca la ley 11.723

No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su tratamiento informático, ni su distribución o transmisión de forma alguna, ya sea electrónica, mecánica, digital, por fotocopia u otros medios, sin el permiso previo por escrito de su autor o el titular de los derechos.

LIBRO DE EDICIÓN ARGENTINA

Mora, María Victoria
Arderá la memoria / María Victoria Mora. la ed. - Pilar : Tequisté. TXT, 2020.
114 p.; 23 x 16 cm.
ISBN 978-987-4935-27-4

1. Narrativa Argentina. 2. Cuentos. 3. Memoria. I. Título. CDD A863

Para Mauro, Joaquín y Zoe, por el amor. Para mis hermanos, por la vida compartida. Para Macarena Moraña, por la literatura, los abrazos y las risas.

Papeles Brillantes	13
Un peso muerto	19
Costa Azul	27
ALICIA	35
Esa historia	43
Cementerio	47
Estallido	53
Ojos lejanos	57
LABERINTOS CON OLOR A MUERTE	61
BAJO EL SOL DE OTOÑO	67
Basural	75
Había una vez un circo	79
Pozos profundos	87
Madres	93
Los miserables	95
Hormigas	103

## arderá la memoria

VICTORIA MORA





Cuando arda el amor, no estaré a tu lado, estaré lejos.

Será por cobardía, por no sufrir, por no reconocer que no supe cambiar todo esto.

Arderá el amor; arderá su memoria hasta que todo sea como lo soñamos como en realidad pudo haber sido.

Pero yo ya estaré lejos. Será tarde para lamentos y nadie podrá todavía asombrarse de lo que tiene.

Antes que nada, antes de sospechar, vivamos esto, que más no sea, y que por ahí es demasiado.

Vivir, sin que nadie admita; abrir el fuego hasta que el amor, rezongando, arda como si entrara en el porvenir.

Francisco Urondo, Son memorias

#### → PAPELES BRILLANTES ▼

ntrá, Irma —gritó mi mamá desde el otro lado del paredón.
—Abuela, te llama mamá —dije, pero mi abuela hizo como si nada.

Era la noche de navidad de un verano que no se aguantaba. Un calor insufrible dibujaba rajaduras en la tierra seca de la calle que, por más que regáramos cada tarde y cada noche, solo tardaban un par de horas en volver a aparecer. Me gustaba pensar que esas líneas escondían un secreto, así como una gitana, adivinando las líneas de su mano, le había dicho a mi mamá que no era feliz pero que su futuro iba a ser distinto. La mujer había visto la soledad ahí, en esa palma extendida, que mi mamá le ofrecía.

Yo ese verano me imaginaba llena de pulseras, con blusas de volados y polleras largas leyendo el futuro de mi barrio en las grietas de la calle: Juan el de enfrente iba a conseguir trabajo pronto, el albino de la esquina iba a levantarse un día morocho, mi vecina se casaría el verano siguiente y, sobre todo, ese año mi papá no faltaría a la cena de nochebuena.

Mi papá trabajaba vendiendo herramientas de pueblo en pueblo. Se iba y nunca sabíamos cuándo podía llegar. Eso a mí me gustaba y no. Era lindo saber que después de dos días de haberse ido, en cualquier momento, podía aparecer tocando la bocina y sacando medio cuerpo para saludarme con su brazo extendido. Lo escuchaba desde mitad de cuadra y corría con toda la velocidad de la que era capaz para poder seguirlo a la par los metros que tardaba en llegar a estacionar en la puerta de mi casa. Para entonces mi abuela ya estaba en la puerta, sonriendo y extendiéndole los brazos, con esa forma tan parecida que tenían los dos. Mi mamá nunca salía, lo esperaba donde las cosas de la casa la encontraran, en la cocina, el baño, el patio o donde fuera; su rutina no cambiaba. Lo malo era que muchas veces los días pasaban y mi papá no volvía. A veces nos llamaba de algún teléfono público, pero nunca decía qué día exacto iba a llegar. Cuando mi abuela se lo reclamaba decía que él era así, un hombre al que le gustaba dar sorpresas. Mi mamá solía reírse, se le escapaba una especie de carcajada ahogada y repetía, sí, claro. Así era nuestra vida desde que yo tenía memoria, transcurría en una rutina que siempre se encontraba a la espera.

—¿Dónde estás, Julito? —en un susurro le escuché decir a mi abuela el nombre de mi papá—. ¿Qué hora es? —gritó sin moverse de la vereda, inclinando la cabeza hacia adentro para que su voz pudiese encontrar a mi mamá.

Mi abuela no usaba reloj, nunca sabía qué hora era. Se manejaba por lo que sentía y por el sol: si tenía hambre almorzaba, aunque fueran las once de la mañana; cuando llegaba la noche se iba a dormir, así fueran las seis y media de la tarde, como pasaba cada invierno. Una vez se lo pregunté y ella me contestó que, si no había necesitado reloj en Galicia cuando trabajaba en el campo desde antes que amaneciera, tampoco iba a usarlo ahora. El problema eran las peleas. Mi mamá quería tener otros horarios y no se rendía. Irma, la nena tiene que hacer la tarea, no se puede ir a dormir tan temprano, trataba de convencerla, aunque yo ya me hubiese ocupado de todo a la hora de la merienda. Y mi abuela lo sabía. Con un chasquido y un gesto como de espantar moscas, ni la miraba y seguía en lo suyo.

- —Falta media hora para las doce, vení a comer, Irma —volvió a gritar mi mamá.
- —Andá, entrá vos —me dijo con una palmada en la espalda.
- —Vamos, abuela, dale, entrá con nosotras —por toda respuesta apoyó su mano en mi hombro dándome apenas un leve empujoncito.

Corrí hasta el portón y antes de entrar me di vuelta, la vi secarse las lágrimas con el delantal que siempre llevaba puesto. Empecé a pensar que mis habilidades de gitana no iban a servir para nada, que finalmente mi papá no llegaría y que todo iba a seguir igual para cada uno de los que vivíamos en el barrio.

Adentro mi mamá fumaba y miraba televisión sentada a la mesa de la cocina. Cuando me vio entrar se paró, apagó el cigarrillo a medio terminar en el cenicero y me pidió que la ayudase a poner la mesa. Abrió las puertas del aparador donde mi abuela guardaba sus mejores platos. Nunca nos dejaba tocarlos. Mi mamá sacó tres. ¿Y para papá?, le pregunté. Cerró la puerta de vidrio en silencio, abrió el cajón de los cubiertos y sacó tres pares. Buscó los vasos y me hizo señas con la cabeza para que la siguiera. Cruzó las cortinas de plástico, esas que a esa hora molestaban pero durante el día cumplían la función de no dejar entrar las moscas. Todas las noches mi abuela se encargaba de atarlas en un solo ramo a un costado del gancho que había puesto mi papá. Esa noche se había olvidado, tampoco había puesto los espirales. Mi mamá había dicho que no sabía dónde estaban y nos había puesto Off a mí y a ella. Destapó el pomito blanco y lo sacudió, le sacó la tapa, vi cómo las líneas del destino se inundaban y se volvían plenamente blancas. Empezó por las piernas, por delante y por detrás. Yo odiaba el olor, el tabaco y el Off se convertían en una mezcla que no podía tolerar. Prefería los espirales, como mi abuela. Yo le había señalado arriba del aparador donde asomaban los sobres blancos cuadrados, ahí están, le sonreí, ella eligió hacer como si yo no hubiese dicho nada.

Pusimos la mesa en el patio bajo la parra, en eso mi abuela tampoco negociaba. Mi mamá y yo queríamos adentro para mirar la tele, pero ella insistía que las fiestas se celebraban afuera y escuchando la radio. Radio Colonia. El mantel de hule despedía olor a lavandina. Mi mamá se quejó. Años viviendo juntas, pero ella no se acostumbraba. Quizás la felicidad fuera eso para ella, una casa donde pudiese prohibir la lavandina. Por donde pasaba mi abuela con su trapo mi mamá prendía sahumerios que mi abuela le soplaba

para que se consumieran más rápido, me miraba y me guiñaba un ojo. Yo nunca la delaté, prefiero el olor a lavandina, los sahumerios me hacen estornudar.

La mesa quedó puesta. Mi mamá sacó un cigarrillo del atado y empezó a servirse ensalada. Servite lo que quieras, me dijo. Y otra vez no contestó cuando le pregunté si no íbamos a esperar a la abuela y a papá. Estábamos en eso cuando escuchamos el portón, por un segundo tuve la certeza de que eran dos las personas que entraban, pero duró lo que tardé en levantar la vista. Solo mi abuela. Se sentó. Le alcancé la ensaladera con papa y huevo porque sabía que era su favorita, tomó apenas dos cucharadas y me la devolvió. El locutor de la radio presentó la que dijo iba a ser la última canción antes de las doce. Mi mamá suspiró y dijo que debíamos ser los únicos todavía cenando a esa hora. Mi abuela ni la miró.

En ese momento se escuchó el motor de un auto. En la calle oscura solo se distinguían dos luces amarillas. Mi abuela tiró los cubiertos sobre la mesa, se sacó el delantal, se acomodó el pelo y salió caminando hacia el portón con una sonrisa. Mi mamá se metió para adentro. Yo esta vez me quedé sentada a la mesa. El árbol de navidad que había armado afuera estaba vacío y, aunque hacía rato que ya no creía en Papá Noel, imaginé que esta vez podría haber sido diferente, que la gitana se había equivocado, que íbamos a ser felices ahora, sin espera, que, en vez de regalarme un billete, mi mamá me había preparado un paquete, una sorpresa envuelta en papeles brillantes.

#### ■ UN PESO MUERTO

a Gorda volvió en sueños. Mingo no encontraba la manera de sacársela de encima. La pesadilla se repetía idéntica: él usando brazos y piernas, le empujaba el cuerpo inerte y desnudo. Intentaba imponerle una distancia que, se notaba, ella no estaba dispuesta a darle. Vista de afuera, la escena podía confundirse con la de un forcejeo amoroso: ella lo abrazaba y él le agarraba los brazos, buscaba liberarse de ella. De repente la Gorda abría los ojos, lo miraba fijo y hundía la cara en su cuello, y así agarrados caían al vacío. Caía con ella hasta golpear las aguas del Río de la Plata. Era entonces cuando él se despertaba.

Se encontró en su cama agitado, apretando los puños, con los brazos y las piernas doloridas y en un charco de transpiración. Silvia, a su lado, lo sacudía ¿qué te pasa, Mingo? Y él que nada, que lo dejara en paz, que volviera a dormirse. Ella giraba hacia la pared en un ritual que se repetía cada noche.

Caminó hasta la estación y compró el mismo diario de siempre. Le gustaba recorrer el pueblo que lo había

alojado en un momento necesario, y que había cambiado bastante poco, cosa que él, ahora, celebraba: poner un taller mecánico en un pueblo chico fue la mejor solución.

Con el diario debajo del brazo entró a la cocina, Silvia conversaba con la vecina a través de la ligustrina que separaba las casas. No, si parecía pelotuda, ¿qué hacía? El mate ya tenía que estar listo y ella perdiendo el tiempo. Sabía perfectamente que él leía mientras ella cebaba. Se asomó por la puerta que daba al patio, las cortinas de plástico hicieron el ruido de siempre, asomó medio cuerpo, le echó una mirada y volvió a meterse. Cuando la pava ya se calentaba al fuego, se sentó a la cabecera de la mesa a leer el diario. Se escucharon las ojotas de Silvia caminando a paso apurado. Disculpame, Mingo, dijo. Él ni la miró. Con el mate listo, ella se sentó a cebarle, le había dado el primero cuando él, rígido, pálido, sin mover un músculo de la cara, se había quedado con la bombilla apenas rozándole los labios. ¿Qué pasa? Callate, ¿querés? Juicios, vuelos, ESMA, cómplices, civiles, las palabras se le mezclaban, no podía focalizar bien, todo se volvía difuso. Le devolvió el mate sin tomar a su mujer y se pasó las manos por los ojos. Releyó cada una de las palabras hasta el punto final de la nota. Hubo alivio: esta vez de su nombre. ni el rastro.

Ahí estaba él otra vez sin poder dormir. Después de la pesadilla, se fue hasta el baño. Se lavó la cara, la imagen en el espejo le devolvía ojeras nuevas. *Basta, boludo, la Gorda ya fue. Enterrala de una vez.* Salió del baño,

fue hasta el living. Del portallaves que estaba junto a la puerta agarró las suyas. Fue a su habitación y se sentó en la cama. Su mesa de luz tenía un cajón que siempre se mantenía cerrado, solo había una llave que lo abría. La puso en la cerradura y giró. Levantó una especie de doble fondo que había hecho con madera balsa, debajo había una hoja amarilla. Estaba doblada en cuatro, quiso leerla una vez más. La Gorda encabezaba la lista, la escribió después de haber empezado esa enumeración, le había hecho un lugar al principio.

La Gorda
La que ya no tenía dientes
La de los pezones quemados
La de la cesárea infectada
La rubia
La de las muñecas quebradas
La colorada pecosa
La de la espalda quemada
La del fémur al aire
La de los seis cortes en la cara...

Se había dedicado a enumerar los cuerpos sin nombre que habían pasado por sus manos. Solo registró a las mujeres. Les tenía pena. Pensaba que las habían manejado como muñecas, títeres de algún tipo oportunista. Contó treinta. Treinta mujeres en las tres veces que se subió al Electra. El papel volvió al fondo del cajón, se acostó. No quiso apagar la luz.

El dolor de cabeza le perforaba el cráneo. Se fue para el taller sin desayunar. En la vereda, la vecina barría, le dijo buen día, pero ella por toda respuesta hizo sonar más fuerte la escoba contra el piso, con bronca. Vieja de mierda, pensó él. Una vez al volante de su auto, salió arando.

Estacionó en la entrada del taller. Levantó la vista cuando pasó sin saludar al lado de José. ¿Qué te pasa, Mingo? Qué caripela. Nada, me duele la cabeza. En realidad, era puro miedo a que alguien lo nombrara, miedo a ir preso. Eso no va a pasar, se impuso a sí mismo, nadie me va a nombrar habiendo tantos peces gordos ¿Quién va a acordarse de mí? Ahora venía chequeando el diario todos los días, no, nadie se iba a acordar de él.

Pero no había caso, no podía dejar de pensar que otra vez llegaría la noche. Aunque quisiera conjurar lo inevitable y tomara una ginebra tras otra antes de irse a la casa, y saliera ya sin un pensamiento posible, sumergido en su nube etílica, cuando se durmiera, la secuencia volvería a dispararse.

Las horas pasaron monótonas, enloquecedoras. Se fue al bar. Dos conocidos jugaban al dominó. *No, gracias, hoy paso*, contestó cuando le ofrecieron ser de la partida. Se fue a la barra, iba a apostar por la ginebra, quizás se equivocara y su bebida preferida esta vez sí lo ayudaría a dejar de soñar de una buena vez. Uno tras otro, con cada vaso, aumentaba el sopor de la noche. Cuando ya no podía manejar su conciencia, los recuerdos comenzaron a surgir como burbujas en una olla llena de agua a punto de hervir. Primero pequeñas, dispersas, luego voluminosas, explosivas, inevitables. ¿Cuánto había hecho él para enderezar el país del que todos disfrutaban? Y ahora tenía que convivir

con ese miedo en las tripas. Y con la Gorda. Las palabras de otro tiempo volvían como ecos: Mingo, nosotros nos sacrificamos por la Patria, nos ensuciamos las manos, ahora estamos en la sombra, pero ya nos van a reconocer lo que hacemos, vas a ver. Podía sentir las palmadas de su compañero en la espalda. Esos gestos que lo unían a otros, que lo convertían en alguien. No cómo insistía su padre, vos nunca vas a llegar a nada, lástima que un paro cardíaco se lo llevara antes de que Mingo pudiera contarle, antes de que sobraran los motivos para sentirse orgulloso.

Nunca me voy a olvidar de la Gorda. Qué hija de puta, no se quería soltar, el boludo del tordo le había errado en la cantidad, pentonaval le habían puesto a la droga, a la Gorda le dieron poco y se despertó, era brava, se agarró al parante del Electra, y ahí no más el Capitán me pegó el grito, "empújela, oficial, empújela". Y yo empujé. Con la cabeza vencida sobre sus brazos cruzados, ya no dijo nada más. Al rato, un viejo lo sacudió. Gracias, Mingo, vos sí que sos un patriota. Le hizo una venia y se fue. Mingo reaccionó apenas abriendo los ojos. Se bajó de la banqueta tambaleando, puso una mano en el bolsillo y con la otra se sostuvo de la barra, los billetes cayeron arrugados sobre el mostrador.

Le costaba mantener el volante derecho, iba despacio, en zigzag. La noche oscura, nublada, vacía, era la única que lo acompañaba. O eso creía. Manejaba por la esquina de la plaza cuando escuchó un quejido, miró en el espejo retrovisor. Ahí estaba, imperturbable, con la boca partida, seca, desnuda, gorda. *Basta, andate, hija de puta, me tenés podrido*. Esa palabra fue

mágica. Ella desapareció dejando tras sí un rastro de putrefacción como él nunca había olido, penetrante, le ardía la nariz y le lloraban los ojos. La ventanilla baja era inútil, ni todo el aire del pueblo podía sacarle ese olor de encima.

Envuelto en una nube propia de alcohol y podredumbre estacionó en la puerta de su casa, medio auto sobre la vereda. La llave no entraba en la cerradura que parecía haber achicado sus proporciones. En ese momento alguien abría del otro lado, vio alejarse a su mujer moviendo los labios. Ya desplomado en el sillón, escuchó como un eco, eso que en la infancia su madre le repetía hasta el cansancio a su padre: vos y ese bar de mierda, me tenés cansada, hasta cuándo pensás seguir así. Ahora el turno era de él, estaba harto de esas frases tan venidas de otro tiempo.

No tuvo más remedio que hacer lo que tenía que hacer: con los pies firmes en el suelo y su mano derecha apoyada en el brazo del sillón, se paró. La tenía enfrente. Los pelos se le enredaron en las manos, la arrastró hasta la habitación, en la puerta ella se aferró al marco, resistiendo. La piña justo en el medio de la cara no resonó tanto como el ruido del cuerpo cayendo sobre las baldosas, ese mismo ruido que alguna vez creyó escuchar subiendo desde el Río de La Plata.

Mingo se levantó con la cabeza a punto de estallarle, se tomó algo para el dolor. Silvia estaba acostada en la otra habitación de espaldas, de cara a la pared. Se acordaba vagamente de haberle pegado, quizás tendría que decir algo. No, era muy pronto para intentar excusas, fue hasta la puerta de calle. ¿Qué iba a hacer todo el domingo con ella? El bar era su única opción.

Unos y otros entraron y salieron, sentándose en las mesas y en la barra, arrimando vasos. Esta vez nadie se acercó a él. Se hizo la hora de cerrar, entre dos lo sacaron a la vereda.

Sin recuerdo de un auto estacionado en la puerta, se largó a caminar las veinte cuadras que lo separaban de su casa. Llegó al paso a nivel, se detuvo cerca del cruce de vías, apoyado en un árbol quiso recuperar aire, le costaba respirar, a punto de recomenzar su marcha la vio. Del otro lado, la Gorda caminaba hacia él, desnuda, enorme, sonreía, venía directo a su encuentro. Ya no tenía la boca partida, hablaba, movía los labios, lo llamaba, pronunciaba su nombre. Sonó la bocina del tren. Él solo pensaba que esta vez iba a reconciliarse, explicarle que él hizo su trabajo, que fue un buen empleado, que tenía que dejarlo en paz. Se acercó, uno, dos, tres, pasos, uno más y ya podría decirle al oído todo lo que pensaba. A punto de tocarla, oyó una bocina que lo dejó sordo, el tren estaba demasiado cerca como para ensayar una huida.

#### COSTA AZUL

a bocina del 504 rompió el silencio de la mañana. Clara esperaba a sus tíos como cada sábado, con la mochila en la falda, sentada en la cocina donde su abuela preparaba el almuerzo. Apenas los escuchó, salió corriendo.

—¿Saludaste a tu madre? —le preguntó su abuela a los gritos, pero ella no le contestó. Su mamá no se levantaba hasta la tarde y nunca salía de la habitación cuando llegaba el 504.

¿Por qué mamá no viene a la quinta? Le había preguntado Clara a su abuela una vez. Ya sabés que está triste porque tu papá no vuelve, ¿te acordás de lo que hablamos?

Sí, se acordaba. Había preguntas que no podía hacerle a su mamá, por eso se las hacía a su abuela, aunque las respuestas que le daba nunca eran suficientes.

—¿Saludaste a tu madre? —le preguntó la tía cuando ella ya se había sentado en el asiento de atrás del auto, en el medio, el lugar que le dejaban sus primos. Ellos tenían cada uno una ventanilla.

Contestó moviendo la cabeza: no, no la había salu-

dado. Se puso colorada, le pidió permiso para bajar al menor de sus primos.

- —Pasá, pesada.
- —Andá, te esperamos —escuchó decir a su tía. Mientras se alejaba corriendo por la vereda hacia la casa también oyó cómo la tía lo retaba a su primo por haberla tratado mal.

Corrió por la misma vereda que había salido, ahora en sentido contrario hacia la puerta trasera de la casa, cruzó el patio. Fue derecho a la habitación que compartía con su mamá. Se escuchaban ruidos que se parecían a un llanto. No tenía que entrar cuando ella estaba así, lo sabía, su madre acostumbraba echarla a los gritos, pero tampoco iba a desobedecer a su tía. No podía irse sin saludar a su mamá, eso también lo sabía y lo que más quería ese sábado, como todas las semanas, era irse a la quinta.

La espalda de su madre estaba cubierta por una sábana. Se acercó dando la vuelta a la cama para quedar frente a ella.

—¿Ya te vas? —las manos de su mamá salieron de abajo de las sábanas para secarse los ojos.

Dando un suspiro, su madre se acercó a ella y le dio un beso que Clara sintió frío a pesar de la mañana calurosa.

Volvió a la calle, su tía había salido del auto y le estaba diciendo algo a su abuela. Las dos la miraron a la vez y ya no dijeron más nada. Pasaba muchas veces, cuando su tía le hablaba así, su abuela se parecía a ella cuando la retaban. Se ponía colorada y miraba al piso. No pudo escuchar esa vez, pero tenía sospechas. *No po-*

dés dejar que ignore a la nena así, ¿qué vamos a hacer? No puede pasarse el día en la cama había dicho su tía una vez. Desde ese día Clara imaginó que las conversaciones en las que su abuela bajaba la cabeza eran así, su tía la defendía para que la pasara mejor el resto de la semana hasta que pudiera volver a cuidarla y llevársela a la quinta.

La quinta era una casa con un quincho al fondo del terreno y una pileta. Desde que su papá se había ido, cada fin de semana, sus tíos y primos pasaban a buscarla y la llevaban a Garín. Ahí cada uno tenía su habitación, había una cocina grande, un living con sillones de cuero negro, una tele donde por primera vez había visto historias que nunca pudo olvidar: extraterrestres que comían ratones e invadían la tierra o autos que viajaban al pasado y al futuro. Ella no elegía qué canal poner, pero lo que los chicos veían le encantaba. En la quinta sobraba espacio, tenían todo lo que había en la casa de Capital, multiplicado. Hasta los juegos de mesa.

Ese sábado viajaba quieta entre los dos primos abrazando su mochila. Los chicos tenían cartas nuevas de He-man. Cada uno un mazo distinto. Ella había visto la propaganda un día, mientras tomaba la leche, pero cuando se dio vuelta para decirle a su mamá que se las comprara, la vio apoyada en el hombro de su abuela. Lloraba, sin ruido. Ella siguió tomando la leche y pensó que ya habría oportunidad de pedir las cartas.

Sus primos iban peleándose. El más grande acusaba a su hermano de haberle robado la carta que tenía dibujada a She-ra con su espada en alto. Clara la había visto caerse, todavía seguía ahí tirada en el piso, en la alfombrita del auto. Comenzó a inclinarse para agarrarla y devolvérsela a su primo.

- -¿Qué hacés?, son mías -gritó él.
- —Hablale bien a tu prima, ¿me escuchaste? Pedile disculpas —la tía gritaba tan fuerte como su hijo.

Ella, toda colorada, siguió abrazando su mochila vacía de cartas.

Llegaron a la quinta. Los chicos no dejaban de pelearse. Su tía ya ni los miraba, le tendió la mano para ayudarla a bajar. Le preguntó cómo iba primer grado. La tía le había enseñado a leer cuando ella todavía iba al jardín.

Entraron al living que estaba tan lindo como siempre. Miró los muebles limpios y las cosas ordenadas, cada una tenía su lugar y lo conservaba. Dejó su mochila en un perchero que estaba ahí para eso. Todo brillaba y siempre parecía nuevo.

Aunque su lugar favorito era el galponcito. Se llegaba atravesando el jardín y estaba a continuación del quincho, pero la puerta tenía llave y su tía se encargaba de abrirla a la hora que correspondía: la de la siesta. Junto a las herramientas que su tío guardaba en cajas de madera con carteles que las identificaban, había un mueble igual a los que ella había visto en la ferretería. Una estantería de chapa, alta, llegaba casi hasta el techo, repleta de juegos de mesa.

Esa tarde, después del asado y los duraznos con crema que tanto le gustaban, su tía y ella lavaron los platos. El tío tomó café, apagó la tele y se fue al dormitorio. A las tres se hizo total silencio en la casa. Antes de irse a dormir la tía abrió la puerta del galponcito y dijo lo que decía siempre. Sacan uno, juegan y vuelven a guardar. Nada podía perderse. Su tía lo chequeaba cuando se levantaba.

Clara se quedó parada otra vez frente a esos estantes —olía a humedad, pero para ella era el olor a juegos a la espera—, había cajas de todos los colores y todos los tamaños, pasó la mano por algunas, las que estaban a su alcance: el Costa Azul, el Operando, el Juego de la vida, el Estanciero, el Cerebro mágico.

Esa tarde empezaron por el Quién es quién. Jugaban de a dos y el ganador tenía derecho a mantener su lugar. Le encantaba ese juego donde había que preguntar por los rasgos de las caritas que había en el tablero para descartar personajes y descubrir el que el oponente había agarrado del mazo de cartas. Quién es quién era una pregunta que le gustaba repetir tanto como jugar.

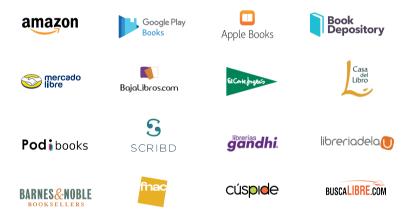
Siguieron por el Juego de la vida. Aunque era la más chica se las arreglaba para ganar, calculaba el impulso de la ruleta para que le tocaran los números más altos y así ser la primera en llegar. En ese juego se podía tener dinero en el banco, ir de vacaciones, comprar casas y autos o estudiar en la universidad.

Pero su favorito era el Costa Azul, venía en una caja rectangular como de zapatos con unos caballitos dibujados. El tablero era una lona verde que se desplegaba como una pista y ocupaba toda la mesa del quincho. Traía caballos que se paraban en la lona y, cuando se giraba la manija que traía en una punta, ocurría el milagro: los caballos avanzaban a ...

### ¡Me gusta, quiero seguir leyendo!

Para terminar de leer este libro puedes adquirirlo en alguna de las siguientes tiendas online del mundo, tanto en papel\* como en eBook.

\*Para la versión en papel busca la mejor opción según tu lugar de residencia, teniendo en cuenta el envío.



compra directa con descuento solo para Argentina:

www.tequistelibros.com

